



ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

CREACIÓN Y PECADO EN JOSEPH RATZINGER

III. LA CREACIÓN DEL HOMBRE

Cuando el Señor Dios hizo tierra y cielo, aún no había en la tierra ningún arbusto silvestre, y aún no había brotado ninguna hierba del campo —pues el Señor Dios no había hecho llover sobre la tierra ni había nadie que trabajara el suelo—, pero un manantial brotaba de la tierra y regaba toda la superficie del suelo. Entonces, el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, insufló en sus narices aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser vivo.

El Señor Dios plantó un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado. El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles agradables a la vista y buenos para comer; y además, en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal.

(Gn 2,4-9)

¿Qué es el hombre? Cada generación y cada hombre en particular se ve obligado a plantearse esta pregunta; porque, a diferencia de los animales, nosotros no encontramos ya trazada la senda de nuestra vida hasta el final. Ser hombre es también para cada uno de nosotros una tarea, una llamada a nuestra libertad. Cada uno debe preguntarse de nuevo qué es el hombre y decidir

quién o qué quiere ser como hombre. Cada uno de nosotros en su vida, lo quiera o no, debe responder a esta pregunta. ¿Qué es el hombre? El relato de la Sagrada Escritura nos ayuda a introducirnos en el misterioso terreno del ser humano. Quiere ayudarnos a reconocer cuál es el proyecto de Dios con el hombre. Nos ayuda a responder de nuevo a esta pregunta. Es una respuesta que Dios espera de cada uno de nosotros.

1. EL HOMBRE, FORMADO DE LA TIERRA¹.

¿Qué quiere decir exactamente esto? En primer lugar, se nos informa de que Dios formó a los hombres del polvo de la tierra: una humillación y un consuelo, al mismo tiempo. **Nos humilla**, porque nos dice: tú no eres ningún dios; no te has hecho a ti mismo, no dispones del universo y eres limitado. Eres un ser para la muerte como todo ser vivo, eres solo tierra. **Pero al tiempo nos consuela**, porque también nos dice: el hombre no es ningún demonio, como muchas veces puede parecer, ningún espíritu maligno; no ha sido formado a partir de fuerzas negativas, sino que ha sido hecho de la buena tierra de Dios.

De estas palabras emerge aún otra idea: se nos dice que **todos** los hombres son tierra. Más allá de todas las diferencias puestas en pie por la cultura y por la historia, permanece la comprobación de que nosotros, en definitiva, somos lo mismo, somos el mismo. Esta idea, que fue expresada en la Edad Media en las danzas de la muerte, tras experimentar con horror el gran poder amenazador de la muerte, en el tiempo de las grandes epidemias de peste, esa idea está expresada aquí: el emperador y el mendigo, el señor y el esclavo, son, en última instancia, uno y el mismo hombre, formado de una y la misma tierra y destinado a volver a ella. En todos los altos y bajos de la historia el hombre permanece el mismo, como tierra, formado de ella y destinado a volver a ella.

De esta manera, se pone de manifiesto la unidad de todo el género humano: todos nosotros procedemos solamente de una misma tierra. No hay diferencia de «sangre y tierra». No hay hombres sustancialmente diferentes,

¹ He tratado con más detalle los pensamientos expuestos en las siguientes páginas, en mi artículo "Fratemité", en: *Dict. de spiritualité*, págs. 1.141-1.167.

como creían los mitos de muchas religiones y también se manifiesta en tantas ideologías de nuestro tiempo. No hay castas ni razas que nos diferencien en el ser hombres, que hagan que los hombres tengamos un valor diferente. Todos nosotros somos la única humanidad, plasmada de la única tierra de Dios. Esta concepción del hombre es un pensamiento dominante en el relato de la creación y en la Biblia entera. Frente a todas las segregaciones y envanecimientos del hombre, con los que quiere colocarse por encima de y frente a los otros, la humanidad viene presentada como una única obra de Dios, procedente de una sola tierra. Y esto que es dicho en primer término, con en el relato de la creación del género humano, volverá a repetirse después del diluvio: en la gran genealogía del capítulo décimo del *Génesis*² aparece de nuevo la misma concepción de que un solo hombre está presente en los muchos hombres. La Biblia pronuncia un no decidido contra todo racismo, contra toda división de la humanidad.

2. IMAGEN DE DIOS

Pero para que el hombre sea creado es necesario aún un segundo elemento. La materia que hace de fundamento es la tierra, pero de ella saldrá el hombre solo porque al cuerpo plasmado Dios le insufla su hálito en la nariz. La realidad divina entra en el mundo. El primer relato de la Creación, que ha sido objeto de las meditaciones anteriores, dice lo mismo con otra imagen más profunda. Dice que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (Cf. Gen 1,26 y ss.). En el hombre se tocan el cielo y la tierra. Dios entra a través del hombre en su creación; el hombre está en relación directa a Dios y por él es llamado. La Palabra de Dios de la Antigua Alianza sigue teniendo valor para cada hombre en particular: «Te he llamado por tu nombre, eres mío» (Is 43,1) [**«Te he llamado por tu nombre»: te he dado un nombre, esto es, te he convertido en mi interlocutor y al hacerlo te de hado existencia. Existes**

² Se describe la descendencia de Noé y su expansión por toda la tierra: «Ésta es la descendencia de los hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, a quienes les nacieron hijos después del diluvio:...» (Gn 10,1); Y después de describir las respectivas descendencias de Sem, Cam y Jafet, concluye el capítulo 10: «Éstos son los linajes de los hijos de Noé, según sus genealogías y naciones. A partir de ellos se extendieron los pueblos por la tierra después del diluvio» (Gn 10,32).

porque yo te he llamado a la vida para que seas mi interlocutor, «Eres mío»]. Cada hombre es conocido y amado por Dios. Todo hombre ha sido querido por Dios. Todo hombre es imagen de Dios. En esto precisamente consiste la profunda y gran unidad de la humanidad, en el hecho de que todos nosotros, cada hombre, somos parte del único designio de Dios y nuestro origen está en la idea misma de la creación. Por eso dice la Biblia que quien atenta contra un hombre, atenta la propiedad de Dios (Gen 9,5). La vida humana está bajo la especial protección de Dios, porque todo hombre, pobre o rico, enfermo, sufriente, inútil o importante, nacido o no nacido, enfermo incurable o rebosante de energía vital..., todo hombre lleva en sí el aliento de Dios, es imagen suya. Esta es la causa más profunda de la inviolabilidad de la dignidad humana; y a ello tienden, en última instancia, toda civilización. Porque allí donde ya no se ve al hombre como colocado bajo la protección de Dios, como portador del aliento divino, es donde comienzan a surgir las consideraciones que lo valoran su utilidad, allí es donde surge la barbarie que aplasta la dignidad del hombre. [Aquí está la diferencia entre civilización y barbarie: considerar o no al hombre en relación especial con Dios]. Donde se considera al hombre en su relación original con Dios, aparece la primacía de lo espiritual y lo moral.

Nuestro futuro, el futuro de la humanidad, depende por completo de que logremos defender esta dignidad moral del hombre en el mundo de la técnica y de todas sus posibilidades. Pues en esta época técnico-científica nos encontramos ante una particular tentación. La actitud técnica y científica ha traído consigo un tipo especial de certeza, aquella que puede confirmarse a través del experimento y de la fórmula matemática. Esto efectivamente ha proporcionado al hombre una liberación expresa del temor y de la superstición y le ha dado un determinado poder sobre el mundo. Pero ahí radica precisamente la tentación, en considerar solamente como racional, y por lo tanto serio, lo que puede comprobarse por el experimento y el cálculo. [Con respecto al hombre, la tentación es considerar que él solo es “tierra”]. Lo cual supone, por consiguiente, que lo moral y lo sagrado ya no cuentan para nada. Han quedado relegados a la esfera de lo superado, de lo irracional.

Sin embargo, cuando el hombre hace algo así, cuando reduce la ética a la física, entonces extingue lo que es propiamente humano; no libera al hombre, sino que lo destruye.

Debemos distinguir de nuevo lo que ya Kant sabía y reconocía: que hay dos formas de razón, la *teórica* y la *práctica*, como él las denominaba, la razón científico-física y la moral-religiosa, como podemos nosotros tranquilamente llamarlas [**¿Cómo debo vivir? ¿Cómo puedo relacionarme con Dios**]. No hay motivo para declarar que la razón moral es mero desconocimiento y superstición, solo porque esa razón está estructurada de forma diversa a la razón matemática y el modo como conoce es también diverso. [**Ejemplo: ¿Está fuera de los dictados de la razón la decisión de un matrimonio estable, la decisión de un amor dado de una vez para siempre? ¿Está fuera de los dictados de la razón la generosidad o el agradecimiento? ¿Está fuera de los dictados de la razón la fidelidad de los amigos? No, sino que depende de una racionalidad, que no es la razón científica, sino de una razón más amplia, que tiene en cuenta más elementos, elementos más variados y sutiles que aquellos que tiene en cuenta la razón científica**]. Esta forma de conocer propia de la razón moral y religiosa es una forma de razón, más aún, es la forma superior de razón, porque solo ella asegura a las ciencias naturales y a la técnica su dignidad y las impide destruir al hombre. Ya Kant habló de la primacía de la razón práctica, esto es, de la razón moral, sobre la teórica; porque la razón moral, en la libertad que le es propia, es la que puede conocer las realidades superiores, más profundas y decisivas. Y añadimos nosotros: en esa razón moral se encuentra la marca de la semejanza con Dios. La razón moral [**libre**] es lo que convierte al hombre en algo más que tierra y polvo³. [**Ejemplo: la fe, la esperanza y la caridad como actos de la razón y de la voluntad**].

Demos ahora otro paso. Lo esencial de una imagen consiste en que representa algo. Cuando yo miro una imagen reconozco, por ejemplo, al hombre que ella representa, o el paisaje, etc. La imagen remite a otra cosa que está más allá de sí misma. Lo característico de la imagen, por lo tanto, no

³ Cfr. M. KRIELE, *Befreiung und politische Aufklärung* (Freiburg, 1980), especialmente págs., 72-107.

consiste en lo que es considerada aislada en sí misma: un marco, y un lienzo pintado al óleo, por ejemplo. Lo propio de la imagen consiste en que va más allá de sí misma, en que remite a algo que no está en ella. Así también, el ser-imagen-de-Dios significa sobre todo que el hombre no es un ser clausurado en sí mismo. Y cuando lo intenta, se traiciona a sí mismo. Ser-imagen-de-Dios significa estar remitido a Dios. Es un dinamismo, una fuerza, que pone en movimiento al hombre hacia el «Totalmente Otro». Ser imagen de Dios significa, pues, capacidad de relación; significa que el hombre es «capaz de Dios» [*capax Dei*]. En consecuencia, el hombre lo es en su más alto grado cuando sale de sí mismo y dice «Tú» a Dios.

Esto es, a la pregunta: ¿qué diferencia propiamente al hombre del animal?, ¿qué le hace totalmente novedoso?, debemos contestar: el hombre es el ser capaz de pensar a Dios, es el ser capaz de rezar. Él es propiamente él, de la forma más profunda, cuando entra en relación con su Creador. Por eso, ser-imagen-de-Dios significa también que el hombre es un ser de la palabra y del amor; un ser en movimiento hacia el otro, destinado a darse al otro, a poseerse él precisamente cuando se entrega.

[Pero entonces, si Dios ha querido crear al hombre en esta relación singular, del todo singular con él, la pregunta sobre el hombre, ¿qué es el hombre? se hace aún más profunda e introduce en el misterio y en el asombro: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el hijo del hombre para que lo cuides?]

La Sagrada Escritura nos permite dar todavía otro paso adelante, si seguimos una vez más nuestra norma fundamental de que el Antiguo y el Nuevo Testamento deben leerse juntos, ya que es precisamente a partir del Nuevo de donde se entresaca el más profundo significado del Antiguo.

En el Nuevo Testamento Cristo es denominado el segundo Adán, el definitivo Adán y la imagen de Dios (p. ej., 1Cor 15,44-48; Col 1,15). Esto quiere decir que precisamente en Él se pone de manifiesto la respuesta definitiva a la pregunta: ¿qué es el hombre? Solo en Él aparece el contenido más profundo de este proyecto. Cristo es el hombre definitivo, y la Creación es, en cierto modo, un anteproyecto de Él. Así que podemos decir: el hombre

es el ser que puede llegar a ser hermano de Jesucristo. Es la criatura que puede llegar a ser una con Cristo y en Él con Dios mismo. De esta forma, la orientación de lo creado a Cristo, del primer Adán al segundo Adán, significa que el hombre es un ser en camino, un ser que se está haciendo. Todavía no es él mismo, tiene que llegar a serlo definitivamente. Aquí, en medio de la reflexión sobre la Creación, asoma ya el misterio pascual, el misterio del grano de trigo que muere. El hombre debe convertirse con Cristo en el grano de trigo que muere para poder verdaderamente resucitar, para levantarse verdaderamente, para ser él mismo (Cf. Jn 12,24). El hombre no se entiende únicamente a partir de su origen pasado, ni por el tramo aislado de su existencia que llamamos presente. Él está dirigido hacia el futuro que es precisamente el que le da la luz necesaria para saber quién es él (Cf. Jn 3,2). Siempre tenemos que ver en el otro hombre a aquél con el que yo alguna vez participaré de la alegría de Dios. Debemos contemplar al otro como aquél con el que estoy llamado a ser miembro del Cuerpo de Cristo, con el que yo algún día me sentaré a la mesa de Abrahán, de Isaac, de Jacob, a la mesa de Jesucristo, para ser su hermano y con él hermano de Jesucristo, hijo de Dios.

3. CREACIÓN Y EVOLUCIÓN

Dificultad:
¿Creación o
evolución?

Alguno podría ahora decir que todo esto es hermoso y está bien, pero, al fin y al cabo, ¿no está en contradicción con nuestros conocimientos científicos, según los cuales el hombre procede del reino animal? [Es decir: ¿el hombre ha sido creado por Dios o viene del reino animal?]

Primera
Respuesta

Pues bien, muchos pensadores han reconocido desde hace ya mucho tiempo que aquí no hay ninguna disyuntiva. Que no es necesario oponer creación y evolución. La manera correcta de plantear la realidad del hombre es: creación y evolución, pues ambas responden a preguntas distintas [La creación responde a la pregunta: ¿qué es el hombre?; la evolución responde a la pregunta ¿cómo ha sido originado este hombre?]. La historia del barro y del aliento de Dios, que hemos oído antes, no nos cuenta el cómo del origen el hombre, sino el qué. Nos relata qué es él, en su origen más íntimo, nos desvela

el proyecto que hay detrás de él. Y, a la inversa, la teoría de la evolución trata de conocer y describir procesos biológicos. No alcanza a explicar el origen del «proyecto» hombre, de dónde proviene su ser íntimo y su esencia. Nos encontramos, pues, ante dos cuestiones que se complementan y que no se excluyen mutuamente [El «qué» y el «cómo»].

El
acercamiento
historicista

Pero miremos ahora un poco más de cerca, porque precisamente el progreso del pensamiento en las dos últimas décadas nos ayuda también a considerar de nuevo esa unidad interna entre creación y evolución, entre fe y razón [fe y razón, porque el dato de la creación es algo que conocemos por la fe, y el de la evolución se nos presenta por la vía de la razón]. A las concepciones propias del siglo XIX pertenecía el hecho de tener cada vez más en cuenta la historicidad, el desarrollo de todas las cosas [En todos los ámbitos del saber humano, la pregunta sobre el ser de las cosas se resolvía en la pregunta sobre su historia, sobre el devenir, sobre cómo había llegado a ser en el momento presente]. Se vio entonces que las cosas que tenemos por inmutables y siempre idénticas son producto de un largo devenir. Esto es válido tanto en la esfera de lo humano como en la de la naturaleza. Se puso de manifiesto que el universo entero no es algo así como una gran estantería en la que todo se ha colocando una vez terminado, sino que más bien hay que compararlo al desarrollo y crecimiento de un árbol vivo cuyas ramas crecen cada vez más altas hacia arriba. Esta consideración general ha sido y es expuesta, a menudo, de un modo fantasioso [**como si todo fuese el producto absolutamente necesario o de unas leyes de selección natural, que una “señora” llamada “naturaleza”, que aparece como si fuera alguien, impone**], pero con el progreso de la investigación se perfila cada vez con más claridad el modo correcto como se ha de comprender.

Dos
imágenes
del
conjunto:
“estantería”
○
“árbol”

PRIMERA CUESTIÓN: ¿NECESIDAD O AZAR? ¿AZAR O LIBERTAD?

MONOD

Muy brevemente querría aclarar algo acerca de esto refiriéndome a Jacques Monod (1910-1976, bioquímico francés, ganador del Premio Nobel de Fisiología o Medicina en 1965) que, en su calidad de científico de primera

categoría y como decidido enemigo de cualquier fe en la creación, puede ser considerado un testigo nada sospechoso⁴.

NO solo
necesidad,
tb AZAR

Sobre todo, me parecen de suma importancia dos precisiones de fondo, que él puso en primer plano. La primera dice: en la realidad no existe solo la necesidad. En el mundo no podemos, como pretendía Lapalce, y como Hegel intentó elaborar en su síntesis conceptual, derivar todo con absoluta necesidad es sucesión cronológica y causal. No hay una fórmula de la que todo se deduzca necesariamente. En el mundo no existe solo la necesidad sino también, dice Monod, el azar. Como cristianos nos permitiríamos ir más allá y decir: existe la libertad.

A) La vida

Pero sigamos ahora a Monod. Él señala que existen especialmente dos realidades, que existen no necesariamente: podían llegar a existir, de hecho existen, pero podían no haber llegado a existir. Una de ellas es la vida. Así, del mismo modo que existen las leyes físicas pudo surgir también la vida; pero podía no haber surgido, podría no existir. Añade, además, que en realidad era muy improbable que esto sucediera. La probabilidad matemática para que surgiese era prácticamente cero, de manera que también se puede suponer que solamente esa única vez, en nuestra tierra, ocurrió ese muy improbable acontecimiento de que apareciese la vida⁵.

B) El hombre

La segunda realidad no necesaria, que podía darse, pero que bien podía no haber llegado a existir, es el misterioso hombre. El ser humano era también hasta tal punto improbable que Monod, con su autoridad de científico, sostiene: dado su alto grado de improbabilidad, solo una vez puede haber sucedido que este ser apareciese. Somos, dice él, un caso único, totalmente casual. Nos ha tocado en la lotería el número de la suerte y debemos sentirnos

⁴ En este punto soy consciente de que, desde la aparición del libro de MONOD, el debate no solo ha continuado, sino además se ha producido una explosión de nuevas publicaciones sobre el tema en las más diversas direcciones y con nuevos conocimientos empíricos, pero sobre todo también con nuevas posturas teóricas. Mencionaré solo las publicaciones más conocidas en Alemania: M. EIGEN - R. WINKLER, *Das Spiel* (München, 1975); R. RIEDL, *Strategie der Genesis* (München, 1976), del mismo autor, *Biologie der Erkenntnis* (Berlin, 1979); también en R. SPAEMANN - R. Löw (ed.), *Evolutionstheorie und menschliches Selbstverständnis* (Civitas Resultate, tomo 6, 1984). Lógicamente, en las homilias era imposible entrar con detalle en discusiones científicas, únicamente se podían trazar las líneas fundamentales de la cuestión así como los límites y la relación de los métodos particulares y de los niveles de conocimiento correspondientes a cada especialidad científica. Pero, en este aspecto, me sigue pareciendo que el mejor punto de partida es la obra de MONOD por la precisión y claridad de su argumentación. En el rigor del método, precisamente en lo que se refiere a la relación entre empirismo y filosofía, no le ha superado, a mi entender, ninguna de las publicaciones posteriores.

⁵ Cfr. MONOD, Op. cit. págs. 56 y ss.; 178 y ss.

como alguien que inesperadamente ha ganado mil millones jugando a la lotería⁶.

¿Satisfactoria para el hombre la respuesta del azar?

De esta manera, con su lenguaje ateo Monod expresa lo que también la fe de los siglos pasados había denominado la «contingencia» del ser humano y lo que había llevado a la fe a orar así: «Yo no debía de existir, pero existo; y Tú, ¡oh! Dios, me has querido». En el lugar de la voluntad de Dios, Monod coloca el azar, el premio que nos ha tocado en la lotería. Si esto fuera así, **[si nuestra existencia fuese producto del puro azar]**, sería muy difícil realmente poder afirmar que se trate de un premio. Durante una breve conversación con un taxista, éste me hizo la observación de que cada vez era más la gente joven que le decía: Nadie me ha preguntado si yo quería haber nacido. Y me contaba también un profesor que al tratar de hacerle ver a un muchacho el agradecimiento que les debía a sus padres, diciéndole: «¡Les debes la vida!», éste le había contestado: «Justamente de eso no les estoy agradecido». No veía ningún premio en su existencia humana. Y en efecto, si solamente es la ciega casualidad la que nos ha arrojado en el mar de la nada, entonces existen motivos más que suficientes para considerarlo una desgracia. Solo si sabemos que existe alguien que no nos ha traído a la existencia por pura casualidad, que no somos producto del azar, sino que procedemos de la libertad y del amor, solo entonces podemos nosotros, los no-necesarios, estar agradecidos por esta libertad y reconocer con gratitud que es un don la existencia humana.

¿Azar
o
Libertad?

SEGUNDA CUESTIÓN:
LOS MECANISMOS DE LA EVOLUCIÓN
¿CUÁL ES LA CAUSA DE LOS CAMBIOS QUE HACEN LA EVOLUCIÓN?

Vayamos ahora directamente a la cuestión de la evolución y de sus mecanismos. La microbiología y la bioquímica nos han proporcionado en este aspecto descubrimientos revolucionarios. Penetran cada vez con mayor profundidad en el misterio más íntimo de la vida, tratan de descifrar su

⁶ *Ibidem* pág. 179: «La ciencia moderna no conoce ninguna predeterminación necesaria... Esto [el origen del hombre] es otro acontecimiento único más, que solo por eso debería precavernos de un antropocentrismo simplista. Si había algo tan singular y único como la aparición de la vida, era porque antes de producirse era igual de improbable. El Universo no llevaba en sí la vida, ni la biosfera llevaba en sí a los hombres. Nuestro número de suerte salió premiado en la lotería».

Organismo y Máquina SIMILITUDES

lenguaje misterioso y de conocer qué es precisamente eso: la vida. Con este trabajo han llegado a reconocer que son perfectamente comparables, en muchos aspectos, un organismo vivo y una máquina. Ambos tienen puntos común: primero, está el hecho de que ambos llevan a cabo un proyecto, un plan pensado y racional, que en sí mismo es lógico y eficaz [por ejemplo: el ojo ve, es eficaz en esta acción de ver; de la misma forma corre, y es eficaz en esta acción]; segundo, esta eficacia se da porque ha sido pensada, funciona porque está construido para ello, porque antes ha sido ideada con precisión, descansa sobre la reflexión. [si existe un ojo que ve, es porque alguien lo ha hecho y, antes, lo ha pensado; de la misma forma que si existe un ferrari es porque existe un ingeniero genial que lo ha ideado].

Organismo y Máquina DIFERENCIAS

Pero junto a estas coincidencias existen también diferencias. La primera, más bien modesta, puede describirse así: el proyecto «organismo» es incomparablemente más inteligente y audaz que la más refinada de las máquinas. Estas, comparadas con el proyecto «organismo», están chapucosamente concebidas y construidas. Una segunda diferencia es aún más honda: el proyecto «organismo» se acciona a sí mismo desde dentro, no como las máquinas que deben ser activadas por alguien desde fuera. Y la tercera diferencia: el proyecto «organismo» tiene la capacidad de reproducirse; él puede re-novar (poner de nuevo en la existencia) y transmitir el diseño que él mismo representa. Dicho de otro modo: posee la facultad de la reproducción por medio de la cual, de nuevo, viene a la existencia un ser vivo del todo similar y concorde⁷.

«LADO PLATÓNICO DEL MUNDO»

Y con esto aparece ante nosotros algo importante y totalmente inesperado, que Monod denomina el «lado platónico del mundo». Es lo siguiente: no existe solo el devenir, en cuyo proceso todo cambia incesantemente, existe también lo que permanece, ideas perennes que iluminan la realidad y, de forma estable, son sus principios que la configuran. Existe lo que permanece, tal es así que cada organismo vivo transmite de nuevo exactamente lo que es, el diseño que él mismo representa. Cada organismo – como dice Monod– es por su propia naturaleza conservador. En la

⁷ MONOD, págs, 11-31.

reproducción se reproduce de nuevo como es. Por esto Monod concluye así de forma coherente: para la biología moderna la evolución no es una propiedad de los seres vivos; sí es una propiedad, por el contrario, ser inmutables: los seres vivos se reproducen, su proyecto permanece⁸.

ERROR
como causa
de
evolución

Monod encuentra después el camino para explicar la evolución, comprobando que en la transmisión del proyecto pueden producirse errores. Este error, una vez producido, será en adelante transmitido, justamente porque la naturaleza es conservadora. Tales errores pueden acumularse y de su suma puede originarse algo nuevo. De aquí se deduce una conclusión sobrecogedora: todo el universo de los seres vivos, incluido el hombre, se ha originado de esta manera: somos el producto de errores casuales⁹.

Ni
UNA LEY
NECESARIA,
AUTÓNOMA,
CON
CARACTERES
PERSONALES
Y DIVINOS,

Ni
ERROR
AZAROSO

¿Qué podemos responder a esto? Es asunto de las ciencias naturales aclarar cuáles son los factores que determinan el crecimiento del árbol de la vida y la aparición de nuevas ramas. Este trabajo no le corresponde a la fe. Sin embargo, podemos y debemos tener la osadía de decir que los grandes proyectos de la vida no son producto de la casualidad o del error. Tampoco son producto de una «selección» a la que se atribuyen propiedades divinas, lo que aquí es algo sin lógica, acientífico, un mito moderno. Los grandes proyectos de la vida remiten a una razón creadora, nos indican el Espíritu creador y lo hacen hoy de forma más clara y brillante que nunca. De manera que hoy, con mayor certidumbre y con nueva alegría, podemos decir: Sí, el hombre es un proyecto de Dios.

ESPÍRITU
CREADOR

Solamente el Espíritu creador era lo suficientemente fuerte, grande y osado para concebir este proyecto. El hombre no es una equivocación; al contrario, ha sido deseado, es fruto de un amor. Puede descubrir en sí mismo,

⁸ MONOD, pág. 132: «A los biólogos de mi generación les tocó descubrir la cuasi identidad de la Química celular dentro del conjunto de la biosfera. Desde 1950 se tenía la certeza de esto y cada nueva publicación venía a confirmarlo. Las esperanzas del platónico más convencido fueron más que satisfechas». Pág. 139: «El sistema entero es totalmente conservador, muy independiente y absolutamente incapaz de admitir ninguna enseñanza del mundo exterior... Es radicalmente cartesiano, no hegeliano ... ».

⁹ MONOD, pág. 140 y ss., resumido en pág. 149: «Así, parece hoy también que algunos espíritus escogidos no pueden aceptar ni tan siquiera comprender que únicamente la selección a partir de una serie de ruidos incómodos pueda haber producido el concierto entero de la naturaleza viva». Sería más fácil demostrar que las teorías del juego de Eigen, que intentan efectivamente dar su lógica a la casualidad, no introducen, en realidad, nuevos factores, y solo encubren las teorías de MONOD, en vez de afirmarlas o confirmarlas.

en el atrevido proyecto que él representa, el lenguaje de este Espíritu creador que le habla a él y le anima a decir: Sí, Padre, tú me has querido.

[Lo que la fe, lo que Dios ha revelado, lo que expresa la Biblia, no tomando aisladamente el Génesis, sino leyendo la Biblia en su unidad y conforme a la dirección Cristocéntrica que ella misma marca es esto: que el hombre ha sido querido, deseado y amado. Esa afirmación es independiente de las observaciones de la ciencia, pero las ilumina: el cambio que lleva al “hombre”, que conduce hasta el hombre, no es producto ni de un error ni una necesidad ciega, sino de una razón creadora, Logos creador]

CONCLUSIÓN:
¿QUÉ ES
EL HOMBRE?

Los soldados romanos, tras azotar a Jesús, coronarlo de espinas y vestirlo grotescamente con un manto, lo condujeron de nuevo a Pilatos. Este endurecido militar se impresionó vivamente al ver a este hombre destrozado. Y reclamando compasión, lo presentó a la multitud con las siguientes palabras: «*Idu ho anthropos*», «*Ecce homo*»; que generalmente traducimos: «He aquí al hombre», aunque con más exactitud lo que dice el texto griego es: «Mirad. éste es el hombre». En los labios de Pilatos eran las palabras de un cínico que quería decir: estamos orgullosos de ser hombres, pero ahora contempladlo aquí, este gusano, ¡esto es el hombre! ¡Tan despreciable y tan poca cosa!

Pero el evangelista Juan ha reconocido en estas palabras del cínico unas palabras proféticas y las ha transmitido a la cristiandad. Efectivamente, Pilatos tiene razón, al decir: ¡Mirad, esto es el hombre! En El, en Jesucristo, podemos reconocer lo que es el hombre, el proyecto de Dios y lo que nosotros hemos hecho con él. En Jesús desfigurado podemos ver qué cruel, mezquino y abyecto puede ser el hombre. En él podemos leer la historia del odio humano y del pecado de los hombres. Pero en él y en su amor que sufre por nosotros podemos todavía más reconocer la respuesta de Dios: Sí, éste es el hombre, el que Dios ha amado hasta hacerse polvo, el amado por Dios de tal manera que va tras él hasta la extrema miseria de la muerte. Incluso en la mayor degradación continúa siendo «el que es llamado» por Dios, el hermano de Jesucristo y, por tanto, llamado a participar de la eterna vida divina, de su amor

ESCUELA DE CATEQUISTAS

eterno. La pregunta «¿qué es el hombre?» encuentra su respuesta en el seguimiento de Jesucristo. Siguiendo sus pasos aprendemos día a día, mediante el amor y el sufrimiento paciente, qué es el hombre y llegamos a ser hombres.

De modo que en este tiempo de cuaresma, mirémosle a él, a aquel que Pilatos y la Iglesia nos ponen delante de los ojos. Jesús es el hombre. Pidámosle que nos enseñe a convertirnos y a ser verdaderos hombres.

Amén.